

a dedicar mucha energía a la escritura de guiones y a promover, años después, una escuela de cine en Cuba—.

En fin, este es, en líneas generales, el desenvolvimiento de su peripecia vital, Venezuela y Cuba incluidas, la amistad mexicana de Álvaro Mutis y Jomi García Ascot y el poder participar en el diálogo con amigos escritores (Rulfo, Fuentes, Vargas Llosa) en la consolidación de una época que cambiaría nuestras letras. Quien no tuviere más que este libro como guía puede hacerse una buena idea dibujada de quien ha sido Gabo, sus treinta millones de ejemplares vendidos, desde el Buenos Aires que lo lanzó en 1967 hasta llegar a la versión en Chino que ya lleva un millón de copias.

Quizá por ello la cuarta parte, en papel verde, tiene un dibujo más suelto y florante. Toda la ceremonia del Nobel tiene la irrealdad remota de un país, una capital y reyes y reinas difíciles de soñar desde la ardiente población colombiana que lo vio nacer. Pero el libro, no hay duda, es una válida forma de estar con Gabo en otra forma artística, muy valorada y compartida por los jóvenes.

Juan Gustavo Cobo Borda

Ser mortal

El miedo, crónica de un cáncer

MARÍA CRISTINA RESTREPO LÓPEZ
Luna Libros, Bogotá, 2010, 138 págs.

ESTE VOLUMEN testimonial narra en 105 fragmentos la historia del diagnóstico y tratamiento de la enfermedad padecida por la autora; la memoria arranca cuando va a hacerse la mamografía anual, y termina tras 33 sesiones de radioterapia cuando se entera que no le harán quimioterapia.

Hasta enterarse del mal, durante sesenta años la autora y protagonista ha sido una señora sana, con antecedentes de longevidad en las mujeres de su familia —su mamá vive—, hace ejercicio a diario —todas las mañanas camina cinco kilómetros—, ama a Richard —el marido que siempre está con ella—, tiene hijos y nietos amorosos, en suma, una mujer feliz, acomodada,

inteligente y exitosa, que además es escritora.

Los hechos ocurren durante el segundo semestre de 2009, en una Medellín cerrada, limitada a los estratos altos, en la que con frecuencia, en las clínicas y en sus diligencias, la protagonista se encuentra con parientes, amigos y conocidos. Ese microcosmos social de la clase alta antioqueña, de comerciantes adinerados y poderosos empresarios ha sido el universo de la obra de la escritora: de su libro de cuentos —ambientados hacia mediados del siglo XX—, *La vieja casa de la calle Maracaibo* (1989), de sus novelas históricas, *De una vez y para siempre* (2000) y *Amores sin tregua* (2006) y de su particular versión de la época de oro del narcotráfico y de los vínculos de éste con la burguesía de Medellín, *La mujer de los sueños rotos* (2009).

El libro presenta el cáncer vivido por un escritor, por un artista, es decir, por un ser de sensibilidad afinada; siempre se ve a la protagonista alerta por tratar de leer en los gestos de su médica, en sus expresiones, el diagnóstico sobre su salud; sin embargo, hay una pugna personal entre la nostalgia por el antiguo médico familiar y el nuevo facultativo aséptico y mediado por la tecnología. Del miedo y la negación a la asunción del mal, se transmite con claridad la difícil situación, dice la autora: “[...] aunque no quiero reconocerlo, estoy frente a uno de los momentos más cruciales de mi vida” (pág. 63).

La narradora tiene la intuición para reconocer, y el valor para enfatizar ese momento imperceptible que altera el rumbo de la vida, ese limbo ambiguo entre la apacible comodidad cotidiana y la alteración súbita de la rutina, una sumatoria de momentos críticos para cualquier mortal: saber que se tiene cáncer, tener que sobrellevar el incómodo tratamiento, el azar de probabilidades entre seguir vivo o no.

La historia pasa por diversos estadios; al principio hay una persona impaciente, que no entiende el porqué de las dudas de una médico acuciosa, que considera innecesarios los incómodos procedimientos a que es sometida, que claro, se siente sana y por supuesto, no quiere estar enferma. Como en toda tragedia, alrededor de quien la protagoniza, surgen muchas solidaridades, que sorprenden a la enferma. Al

final, el hecho de tener que pasar por una experiencia tan difícil le permite reflexionar sobre sus rutinas, lo poco que ve a sus nietas, por ejemplo, o para sentirse gratamente viva tras ver el azul intenso del cielo —la magdalena proustiana—, y recordar las vacaciones de su infancia; motivos evocadores que también se adivinaban en los retazos autobiográficos disfrazados de cuento del volumen *La vieja casa de la calle Maracaibo*.



Pese a la doble madurez de la protagonista, la de los años y la de las vivencias, la experiencia que vive le hace mudar la mirada, si al principio percibía poca calidez humana de parte de los médicos y la franca hostilidad del personal administrativo de las clínicas, con el paso de los días, varía esa percepción, encuentra mayor cercanía y se siente mejor. Pero el cambio no es que se dé en el personal, es ella la que cambia transformándose en paciente, o mejor dicho, en un ser paciente.

Restrepo López en este libro —que si tuviera fechas sería un diario—, entre cita y cita que va teniendo con los médicos va escribiendo lo que le pasa, siente y piensa, quizá originalmente sin intenciones de publicarlo; muy probablemente el texto era más largo y haya sido editado, quizá traslucía mucho más las variaciones de ánimo de la protagonista. Las entradas periódicas cumplen dos funciones —ambas positivas—: los lectores asistimos a la descripción, de los estadios que se van superando y de los estados de ánimo de la paciente, y para la autora es la oportunidad de hacer catarsis y de conocerse mejor.

Los hechos se presentan en fragmentos breves, en reflexiones puntuales, como suele ser la información sobre una enfermedad tan delicada. Restrepo López cuenta conforme los médicos le van diciendo a ella. Hay armonía entre el contenido y la forma. El libro físico como tal, es un volumen de unas dimensiones ideales para cargar y que además por estar encuadernado en tapa dura, mejora las condiciones de uso y transporte, haciéndolo un verdadero libro de bolsillo. De pronto la división de los fragmentos, sin encabezados se presente para confusiones. Quizá para mayor claridad de lectores quisquillosos, se hubieran podido numerar los fragmentos con romanos o poner un asterisco entre ellos.



Asiste el lector a la experiencia de una enfermedad que suele ser diferente según el estado de ánimo de quien la padezca; acá es la de una persona acomodada de las que tienen medicina prepagada o al menos el plan complementario de las EPS. Hubiera valido la pena conocer el plan de salud que tenía la protagonista durante el trance, si usó médicos particulares, si era cotizante directa, beneficiaria del marido o de alguno de los hijos, si usó o pensó usar medicina no convencional. En cualquier caso, sorprende a lo largo del texto que nunca aparece dinero ni urgencias económicas de ningún tipo; ni presencia de plata ni escasez de ella. Sorprende también la ausencia de Dios o de un sucedáneo de éste en una enferma que se percibe profundamente espiritual.

Este es un libro sincero y valeroso escrito en buena prosa. A quien interese van estos dos ejemplos de escritores que también narraron su experiencia como enfermos: *Esa salvaje oscuridad: la historia de mi muerte* (original en inglés de 1996) de Harold Brodkey y

Esa visible oscuridad: memoria de la locura (original en inglés de 1990) de William Styron.

Carlos Soler

Una visión de los vencidos

Los yaregués: resistencia y exterminio

RAFAEL A. VELÁSQUEZ RODRÍGUEZ
Y VÍCTOR JULIO CASTILLO LEÓN
Sergio Andrés Díaz Ortiz (ilus.)
Corporación Memoria & Patrimonio,
Barrancabermeja, 2011, 324 págs., il.

LA HISTORIA de las comunidades indígenas que han habitado lo que hoy es el territorio colombiano es absolutamente desconocida por la mayor parte de los habitantes del país. Vale recordar que la historia de los indígenas ha sido negada por los mismos conquistadores europeos y por sus descendientes locales, que han continuado con esmero la tarea de aniquilarlos por completo, con la finalidad de justificar, tanto sus crímenes, como los procesos de expropiación de tierras, saberes y culturas indígenas. Por desgracia, esta no es una circunstancia del pasado, sobre lo cual solo quedaría como labor la reconstrucción arqueológica e histórica, sino de gran actualidad, porque en estos mismos momentos los grupos indígenas que aún existen soportan una arremetida similar a la de la primera conquista en el siglo XVI. Esto no debe extrañarnos porque, al fin y al cabo, los terratenientes, gamonales y empresarios de hoy que persiguen a los indígenas para adueñarse de sus tierras y de los recursos que allí se encuentran, son los continuadores y descendientes de los españoles que sometieron a los pueblos autóctonos de América.

Las anteriores circunstancias indican la importancia que tiene cualquier reconstrucción de la historia de los grupos indígenas que han sido borrados de la realidad por la colonización interna y externa, como se hace en el libro que comentamos y que está referido a la etnia de los yaregués, quienes habitaron durante

muchos siglos el territorio localizado en el actual Magdalena Medio, de manera más exacta en la vertiente occidental de la cordillera Oriental, que comprende porciones de los actuales departamentos de Cundinamarca, Boyacá y Santander, principalmente de este último.

De entrada puede percibirse que nos encontramos ante una investigación histórica minuciosa, rigurosa, sistemática y exhaustiva en cuanto a su concepción y factura, pero además con un punto de vista comprometido con la memoria de los indígenas yaregués, protagonistas centrales de esta reconstrucción histórica. Muchos son los méritos que tiene este libro, entre los cuales, de manera esquemática, pueden mencionarse algunos, sin agotar la riqueza de la obra.

La labor de búsqueda y de recolección de fuentes sobre los yaregués hacen de este esfuerzo bibliográfico un ejemplo de rigor documental, porque los autores han revisado con meticulosidad libros, revistas, tesis de grado, investigaciones antropológicas y arqueológicas, crónicas de viajeros, testimonios de aventureros y saqueadores de recursos naturales. Esto les ha permitido presentar una panorámica amplia y diversa, apoyada en datos concretos sobre la milenaria historia de los yaregués.



Los autores muestran una indispensable empatía con los yaregués, lo que les ha permitido hacer una reconstrucción detallada de los diversos momentos de su historia, incluso antes de la llegada de los conquistadores españoles, hasta concluir con el exterminio de esa sociedad en las primeras décadas del siglo XX. En este sentido, la obra puede inscribirse en el ámbito de la historia desde abajo, o de los sectores populares, o de los vencidos, con lo cual se quiere dar a entender que se